

LA VENTANA VACIA

LA noticia se la dió su hermanita mayor cuando llegó a casa, después de haber jugado toda la tarde en la huerta de su nana.

—Dentro de ocho días se van los Moll a México.

Y luego se le quedó mirando fijamente para leer en su rostro la impresión que le produjo la noticia. Mauricio se sonrió nerviosamente. En su interior había que ocultar un inesperado derrumbe. Así que se iban. Ella se llamaba Beverly Anabelle Moll. Y se iba con su familia, para siempre. Le decían Bola, para abreviar. Se iba para siempre y quizá nunca la volvería a ver. Tenía seis años y hablaba con acento inglés. Se iría. Entonces ¿qué objeto puede ya tener el dárselas de fuerte y de serio? Lo hacía sólo por cortejarla; ahora, ni siquiera iba a sentir los celos que esa condenada muchachita le suscitaba hablándole del recién llegado, insulso y vanidoso cuyo nombre prefirió siempre olvidar.

—¿No te da gusto?— le dijo su hermana con infantil malicia.

—Pueden hacer lo que quieran. ¿A mí qué?

Por Manuel MICHEL

guardó silencio. Cuando le preguntaron la razón de su mutismo, pretextó estar concentrado a causa de su Primera Comunión que iba a ser al día siguiente. Sólo una sonrisa a hurtadillas fué el comentario de su hermana.

Cuando terminaron de cenar, él y su hermano fueron a confesarse con ese padre anciano que ya no podía ni salir de su cuarto diariamente y con olor a viejo y a orines de gato. Llegaron trémulos por ser su primera confesión. “Padre, me acuso de andar con malas compañías, de usar malas palabras, de jugar en misa...” Los dos dijeron lo mismo. En un rincón rezaron sus tres avemarías de penitencia. Regresaron en silencio.

(Si te vas, ya no tendré con quien jugar ni a quien querer. Mañana voy a recibir

Los niños se arrodillaron frente al altar en unos reclinorios blancos. Llegada la hora de comulgar, escucharon el fervorín del sacerdote, y luego, con los ojos cerrados (igual que cuando tomaban agua en el pozo de la huerta), recibieron la Hostia. Mauricio pidió por sus papás, por sus hermanos. Y porque no se fuera Bola. Con una mirada de soslayo la vió. Llevaba un vestido rojo con una boina del mismo color. En ese momento ella lo ve simultáneamente. Ya está todo arreglado. Le pides a Dios. El lo puede todo y ya está hecho. Mauricio se siente feliz.

Después del desayuno fueron a la fotografía. Posaron tiesos, con una vela en la mano y cara de beatitud. El día era completo.

Por la tarde fué a visitar a Bola.

—¿Ya sabes que nos vamos a México?

—Sí.

Sonrió. El tenía su secreto. Beverly Anabelle no se iría. Lo pidió por la mañana e incluso, para evitar cualquier equivocación posible, dijo a Jesús cuál era la niña: “*Esa de la boina roja*”.

—Voy a ir a un colegio de verdad y vamos a vivir en una casa grande con jardín. Así son todas las casas allá.

—Sí, ya lo sé.

—Tú irás a verme, y cuando yo sepa escribir te escribiré.

Mauricio estuvo dominándose en la re-



Claro que no le importaba. Pero ¿quién le platicará de las manzanas que le gustan, de las hormigas que pasean por el jardín, del perrazo de ojos soñolientos que la cuida? La ventana va a estar sola y no tendrá ya objeto subir a pulso por la reja en un alarde atlético, ni inventar extrañas aventuras en la huerta de la nana. Pasará igual que cuando se fué la prima Enriqueta. Todo desaparecerá y cederá su lugar a un sueño; los ojos negros, la melena corta y recta y el fleco a media frente. La ventana vacía. Y el recuerdo y el sueño en ella.

Cenó sin hacer comentarios al respecto. Charló sólo un rato de sus cosas de la escuela, y de la huerta de María. Luego

al Niño Jesús. Le pediré que te quedes. Y no me importará siquiera que me hables de ese muchacho del que me dan celos, porque sé que podré verte y que él en realidad no te importa. Tú me platicarás, y entonces me iré acercando a ti. Primero te tomaré de la mano, y luego, sin que te des cuenta, te daré un beso. Como siempre, me verás aparentando enfado, pero después, como si nada, me seguirás hablando de tus hormigas, de tu perro, de tus clases. Porque yo sé que no te enfadas de veras si te beso).

El Niño Jesús no dejará que te vayas, pues la catequista dijo que todo lo que se le pide lo concede. Como El es Dios...

La Comunión fué a las ocho.

ja de la ventana. Bola lo invitó a pasar a la casa y estuvieron jugando a lo que ella quiso. Esta vez no tuvo ocasión de tomarle la mano ni de besarla.

La vida transcurrió como siempre. La escuela, “las pintas”, los juegos en la huerta de su nana. Bola le hablaba siempre de su viaje, por eso ya no quería ir a verla. Le ponía triste el pensamiento de que le fallara su plan. Y él no quería dudar. Conservó la misma seguridad. Era el verano, las frutas comenzaban a madurar, y el zumbido de los mayates llenaba el aire. El se iba a la huerta a jugar con su hermano, a comer fruta, a cazar mayates y atarlos con un hilo para volarlos. Y con eso, se le olvidaba que Bola se iba. Se olvidaba, pero no se olvidaba.

Después de la comida le avisaron.

—No me acordaba decirte que dentro de un rato salen los Moll.

Creyó que era una broma, y corrió a la casa de Bola para cerciorarse de la verdad. La ventana estaba vacía. Ni siquiera el perro soñoliento y constante en ella. Se trepó a la reja para asomarse al interior. Nadie. Luego se fue a la estación.

(Bola, si te vas ¿con quién juego, a quién beso, a quién quiero?)

El silbato del tren se despidió tristemente.

(No es posible que te vayas. Tú vas a quedarte con tus tías. Tus papás se van solos con tu hermana. No es posible porque ese fue el acuerdo).

La campana del tren ritmada al silbato y a las ruedas en movimiento.

Y la subida angustiosa por la pendiente de la estación. Vio a Bola en el tren, en el observatorio del último carro. Ella miró a Mauricio y levantó la mano para despedirse; entonces todos advirtieron su presencia: sus papás, su hermana, sus tías. Toda la familia de Bola. Pero él miraba sólo a Beverly Anabelle.

El metálico ritmo de las ruedas en movimiento. Ya no distinguía bien a Bola, ni a nadie, y lo atribuyó al vapor de la máquina. Sólo que la máquina estaba muy lejos de él. Beverly Anabelle se sonrió y luego se limpió los ojos con un pañuelo. El silbato lo hierde de nuevo y le recuerda que se aleja en realidad para dejar su sitio a la ilusión. Mauricio ya lo siente ahora: No podemos tenerlo todo.

(El otro, el recién llegado, no vino a despedirte. Así que tus lágrimas son mías).

Y se sintió seguro. Por ella y por sí mismo.

(Bola, te iré a ver, y jugaremos...)

La realidad desapareció en la curva que estaba inmediatamente después de la estación. Ahora sólo queda el sueño. El no sabe aún que la herida cicatriza y queda sólo un dolorcillo que con el tiempo es agradable remover. Es como oprimir con suavidad una leve herida, para cerciorarse de si duele todavía.

(Ahora me siento más seguro. Ahora que sé cuánto vas a pensar, cómo vas a recordar ese momento...)

—¿Quieres venirte con nosotros?— le dijeron las tías de Bola cuando el tren hubo partido.

—No, muchas gracias. Me iré caminando.

—Vendrás a vernos, por supuesto. Jugarás con Estelita que se quedó sola sin Beverly Anabelle.

La niña lo vio con ojos suplicantes. Era linda la chica.

—Sí, con mucho gusto. Por allá iré.

La niña le dijo:

—¿Quieres venir a merendar con nosotros esta tarde?

—Bueno... iré después... dentro de un rato.

Era linda Estelita, muy linda...

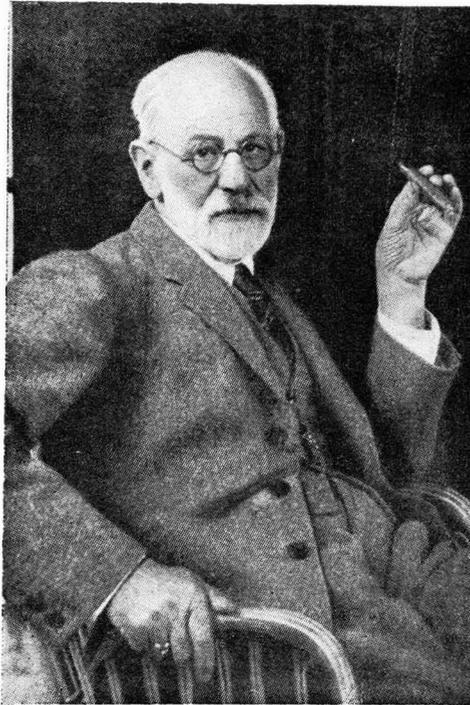
Al regreso, ya no quiso pasar frente a la casa de Bola. ¿Para qué, si la ventana está vacía? Parecerá tonto querer a un sueño, pero...

(Estelita, jugaré contigo. Luego, quizá te tomaré de la mano, pero nunca, nunca podré besarte...)

F R E U D

(Viene de la pág. 2)

por su valor histórico al representar situaciones históricas más antiguas. En donde los racionalistas veían sólo superstición, o a lo sumo poesía, los románticos veían verdad y significación. Schelling, Schlegel, J. Goerres, F. Kreutzer K. G. Muller y el gran J. J. Bachofen, son algunos de los personajes que representan el pensamiento romántico. El aspecto del romanticismo del que forma parte Freud es especialmente aparente en Bachofen. El, tanto como Freud, penetró a las profundidades de la prehistoria, al mundo de los mitos, los símbolos y los rituales. Des-



SIGMUND FREUD

cubrió el poder de la adhesión a la madre en el estado de evolución humana llamado por Bachofen el estado del matriarcado, en el que no fue el hombre, sino la madre, la que dominaba como jefe de la familia y de la sociedad, y como la gran madre en la religión.

Durante todo el siglo XIX los racionalistas y los románticos ocuparon lados opuestos. El hecho de que los racionalistas eran en su mayoría liberales y eran políticamente progresistas, mientras que los románticos eran conservadores y con frecuencia eran católicos, aumentó la violencia del conflicto, apenas aliviada por el hecho de que algunos pensadores, tales como Herder, se aproximaron a una síntesis entre las dos tendencias opuestas de pensamiento.

Lo genial de Freud lo constituyó el que combinó las dos tendencias opuestas de pensamiento dentro de sí mismo, y que logró crear una nueva síntesis. Freud fue un racionalista que tuvo la audacia de aplicar el método racional a lo irracional. Tenía una fe inquebrantable en la razón y sin embargo reconoció el gran sector irracional que existe dentro del hombre y tuvo el valor de estudiarlo. No tuvo temor de penetrar hasta lo más profundo, y de relatar exactamente lo que vio: pasiones irracionales que influyen en el hombre sin su voluntad, y muchas veces en contra de ella. Logró combinar las dos poderosas corrientes del pensamiento moderno, la del racionalismo y la del romanticismo, dentro de una nueva síntesis creadora. En ninguna parte expresó esta síntesis con más claridad, que en su lema al principio de su obra *La Interpretación de los Sueños: Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*. (Si no puedo doblegar a los de arriba, moveré a los de abajo.)

Aunque Freud logró crear una nueva síntesis entre el Racionalismo y el Romanticismo, se encontraba bajo la influencia de otras tendencias de su época, a las



Sigmund Freud adolescente con sus hermanos